

CINTA CANTERLA. *Mala noche. El cuerpo, la política y la irracionalidad en el siglo XVIII*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara (2009). Premio Manuel Alvar de estudios humanísticos 2009. [Citaremos en lo que sigue con la abreviatura ML].

Simón Royo Hernández

Vamos a reseñar un libro justamente galardonado porque nos ha hecho pensar, porque nos ha llevado por las sendas perdidas de la crítica interna de la Ilustración y de la Modernidad sobre sí misma, porque nos ha recordado la complejidad de un mundo tendente a la simplificación.

La apolitización de los individuos y de las sociedades de nuestro presente actual se ha logrado a través de fuerzas coercitivas y coactivas sigilosas y silenciosas, pero de un avance inexorable, a través de una irracionalidad que, bajo la máscara de la racionalidad, ha ejercido sobre el cuerpo una violencia silenciosa e hipócrita generada con grandes inversiones en el ramo de los medios de comunicación de masas. La genealogía y la arqueología de la irracionalidad oculta que portaba la Ilustración, devenida en estrepitoso fracaso, se nos presenta, sacando a la luz lo que ocultaba en las pesadillas goyescas, a través de la excelente prosa filosófica de Cinta Canterla; la supuesta civilización de los salvajes, nuestra más brutal colonización, tuvo sus orígenes modernos en la conquista de América: «Así, la rapiña de que hablaba Las Casas se reactivaría siglos más tarde en el contexto de la expansión del liberalismo decimonónico, asociada al capitalismo y a la industrialización, al colonialismo y a una instrumentalización por parte del poder político de la ciencia como discurso y práctica de legitimadores de la violencia sobre los pueblos ‘salvajes’, bajo el pretexto de su ‘civilización’» (p. 36). A la acción biopolítica del embrutecimiento ciudadano contemporáneo se unen presiones ancestrales, entrelazándose en una estructura compacta pero heterogénea, sutil pero diamantina. La estructura neoliberal y la estructura escatológico-religiosa que se superponen como medios de dominación y que procuran los mismos fines de antaño con distintos métodos.

Hoy la maquinaria de desactivación y manipulación de los sujetos políticos ha alcanzado cotas inéditas en la historia de la humanidad, convirtiéndolos con

una facilidad y eficacia pasmosas en masas anestesiadas y súbditos obedientes. La protesta social se criminaliza y es criminal disentir. No estar de acuerdo con el liberalismo económico se traduce en un *crimen contra la democracia*, tanto en la política neoliberal como en la llamada socialdemocracia. Después de que el socialismo abandonase el marxismo y lo cambiase por el kantianismo, una filosofía poco sospechosa de totalitaria y políticamente correcta, ha sido necesario un libro como el que reseñamos para despertar de un mal sueño y darnos cuenta de algo: « De ahí que retirada la racionalidad como propiedad de ciertos colectivos humanos, las personas clasificadas dentro de los mismos perdiesen de inmediato la dignidad, el respeto, la libertad, la autonomía, estando justificado entonces utilizarlos como medios, fuese en el comercio de esclavos, en el matrimonio, en la prostitución, en la explotación en el trabajo o las casas de locos» (p. 107).

Puesto que los partidos que aceptan el mercado tal y como está como una necesidad natural incuestionable son los que se autodenominan *demócratas*, todo lo que no coincida con ellos mismos tiene que ser calificado de fascismo o totalitarismo. Así, en la línea kantiana o la de Thomas Paine, poner al descubierto la pragmática sucia de las sucesivas declaraciones de derechos del hombre y del ciudadano o la legalidad y humanidad de una guerra como la de Irak, sólo puede ser, como no ha dejado nunca de dictaminar Jürgen Habermas, conservadurismo o neoconservadurismo. La indiferencia, la sumisión acrítica o la incondicional apologética de los lugares comunes son los únicos estados legales para la ciudadanía de las socialdemocracias capitalistas. La no ciudadanía por crimen de pensamiento alternativo o disidente constituye delito de alta traición, falta imperdonable a la que se suma el crimen horrendo de la inmigración, castigado de múltiples maneras, entre las cuales la exclusión social es la predominante. Los inmigrantes tienen la indecencia de no integrarse y a los burgueses satisfechos no les queda piedad por el hombre ni son ya capaces de una metacrítica de la ilustración, una metacrítica siempre posible desde el seno mismo de la anomalía que representa el no-integrado, el sujeto des-integrado: «Si entendemos por inconsciente cultural de una época el conjunto de estructuras formales que vuelven significantes sus discursos míticos, que duda cabe de que el siglo XVIII conoció los primeros metacríticos de las Luces» (p. 187).

A esa metacrítica, por supuesto, se la denominó como Romanticismo, pero desde el seno mismo de la Ilustración misma era recepcionada, descubierta y discutida, anticipadamente, incluso por Berkeley, del que nos muestra Canterla

cómo en su obra *Siris*, desatendida por la crítica, recoge la situación infamante de los irlandeses de su tiempo (cap. 3.1). En cierta medida puede incluirse atendiendo a los contextos en que escribieron a Hume, Shaftesbury y Hutcheson, en la autocrítica y metacrítica que tendrá en Rousseau y Diderot los exponentes continentales que habrán de reivindicar el sentimiento, la emoción y la corporalidad, frente a la racionalidad formal y descarnadamente considerada. El concepto clave que detecta Canterla que los une es el de piedad: «la piedad es innata a todos los hombres y supone una repugnancia visceral a ver sufrir a sus semejantes» (p. 161)¹.

En la actualidad, nuestro devenir económico cotidiano de la globalización es recibido como una fatalidad, un *fatum* o destino, un tsunami o fuerza de la naturaleza de las cosas, la de siempre, la del dinero y el poder, la de ayer, la de hoy y la de mañana. Nos hemos olvidado, a fuerza de publicidad, de que la economía es una construcción humana y la asumimos en su forma capitalista como si fuese algo derivado de las leyes de la naturaleza. ¿Nacionalizar la Banca? Ni el más radical de entre los izquierdistas más radicales propone en nuestros días tal cosa. Se lava, escamotea y esconde la corrupción, la Banca manda en la tierra y la Iglesia manda en el cielo, quien piense o diga otra cosa estará demente y se buscará la ruina. Como lo más natural del mundo, ante una crisis económica mundial, se les otorgan créditos a quienes la provocaron y se desacredita a quienes han de sufrirla. Eso es «lo normal» y cualquier otra cosa, «patología». Ahora vivimos la hipermodernidad como un mundo criminal. ¿Pues no es acaso criminal una socie-

¹ En este mismo sentido hemos escrito nosotros mismos a favor de la piedad, recientemente, en un artículo impublicable por vías no alternativas, titulado «Los amantes de la guerra». El texto mencionado, en el cual se apela a la piedad de Héctor frente a la iracundia de Aquiles, puede encontrarse en la web: <http://www.lacavernadeplaton.com/articulosbis/amanguerra0203.htm>

Es de destacar la valentía de este libro que reseñamos y de la Fundación que lo ha premiado, institución que ya en 1974 se atrevía a galardonar una novela intitolada «Todavía...», muy concentrada en lo que nos concernía como españolitos que aún ni soñaban en Europa y que mostraba lo estúpido de una guerra civil. La mayor impiedad para, a fin de cuentas, acabar lampedusianamente, en el mismo lugar que se tuvo como punto de partida. De ahí que el último párrafo del libro mentado rezase: «Todo seguía igual en Alea. La normalidad había llegado, dispuesta a instalarse, y España, recostada contra la tapia de su historia, comenzaba otra vez a bostezar, mientras Rafael, desde la quimera de sus dieciocho años, seguía creyendo que la Revolución falangista era ineluctable». Luego fuese cual fuese el adjetivo que la acompañase, lo que siempre se ha terminado racionalizando como un imposible, ha sido la Revolución (francesa, bolchevique, checa, sandinista, bolivariana...) a la que casi todos los revolucionarios acaban traicionando.

dad en la que no poder pagar es considerado un crimen?, ¿dónde la necesidad y la pobreza equivalen a una acusación?, ¿en la que miseria y culpa se identifican? Pues no han sido los paquetes de créditos basura con los que han jugado los financieros de siempre los que han dejado a millones en la ruina, sino esos millones quienes se lo han buscado. ¡Menuda pesadilla!

Hermoso y fecundo libro éste de la *Mala noche*, en el cual, Cinta Canterla, nos guía por la crítica interna de la Ilustración sobre sí misma, señalando su carácter no monolítico, sino complejo y ambivalente, para que despertemos sin resaca y podamos continuar. Aún más, este magnífico libro culmina dejando lugar a la esperanza, como haría el filántropo Prometeo, aún estando encadenado; y lo hace al finalizar en su Epílogo con un sí, sí, desde luego, sin duda, pero: «La razón ilustrada, es, sí, la del liberalismo capitalista, la del sujeto solipsista, la del positivismo, la del colonialismo, la biopolítica, la tecnocracia, la ciencia deshumanizada... Pero la razón ilustrada es también la del feminismo, el abolicionismo, los liberales radicales; la de la crítica a los excesos de la revolución, la pacifista, la de una razón comunicativa y compleja, la de una naturaleza no fragmentada [...] que defiende una complejidad de saberes que realimenten a las ciencias con miradas más amplias sin renunciar a la herencia de la Revolución Científica» (p. 265). Muy bien, un cierre perfecto, una culminación excelente, una obra de arte.

¿Y ahora?, ¿entonces?, ¡qué! ¿Seguimos siendo modernos y reformistas o nos volvemos revolucionarios postmodernos? ¡Ay! Cinta, habrás de responder a esta pregunta en tu próximo y sin duda encomiable libro: ¿Cuánto tiempo tardarían los individuos de Hobbes en llegar mediante el consenso al imperativo categórico kantiano?

Un placer de lectura: instructiva, amena y sensata. Un libro que nos sitúa en uno de esos momentos cruciales de la existencia en los que hay que volver a pensarlo todo, otra vez.